



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

**Agora**  
DE PAPEL

**El Porvenir**  
**Cultural**

MONTERREY, N.L. DOMINGO 29 DE OCTUBRE DE 2017

Olga de León / Carlos Alejandro

# Lluvia estelar de ideas

**POLVO DE ESTRELLAS**  
**OLGA DE LEÓN**

Detrás de las montañas, océanos y puentes; allende los cielos deslumbran y las aves no se distinguen porque vuelan demasiado alto. Por esos espejismos que de noche parecen sueños y de día no sabemos si los tuvimos o nos tuvieron, prisioneros entre lo real y lo imaginario. Por esos lares, suele mi espíritu vagar, Norita.

Se nace para algo y por ello somos quiénes somos, piensan algunos. No sé. Cuando carecía de edad para decir algo que interesara a los adultos: escuchaba. Y me acostumbré al silencio; hasta que comencé a tener ideas, y entendí que todo dependía de la trascendencia de lo que se hablaba o, de lo insulso de la charla.

Si fuese cierto que nacemos para algo específico, quizás he nacido para filosofar. Aunque, tal vez, solo de aquí a que muera pueda lograrlo. Como no me falta mucho, diez, quince o veinte años: ¡con mucha suerte!, seguro eso no sucederá. He vivido suficiente para haber inventado alguna teoría o dado muestras de estar filosofando. Nada ha sido tal. Me encanta la Filosofía, alguna vez me gustó leer a los filósofos; luego, viendo cómo entre ellos mismos se contradecían y volvían a lo mismo, pensé que no valdría la pena ocuparme de sus ideologías, si tantos más se las refutaban.

Poseo un gusto especial por la contradicción y ver si los demás responden profesionalmente, sin perder el hilo del diálogo, especialmente irónico o sarcástico.

Me parece que en eso del entendimiento de la ironía es donde pedagogos, psicólogos, filósofos y neurolingüistas deben centrar el razonamiento más elevado; porque no todos nacemos con las mismas capacidades. Ni hemos sido educados para entender la ironía sin carga personal, pues no depende solo de los genes sino también del oficio y la cultura. Sí, de eso que no se enseña en las aulas, porque sería darles armas a la juventud para que un día se vuelvan en contra de los que los “educaron”; cuando comprendan que les jugaron el dedo en la boca: enseñándoles a cuidar el “status quo”, a costa no de la ignorancia funcional, sino del hambre en el mundo y la vida de los más pobres.

¿Creerán que los “muertos de hambre” jamás se levantarán del pozo para cobrarse los daños realizados en su contra? Pues que se cuiden los “más vivos”, porque el día en que muertos y fantasmas, ficciones y seres de otros planetas ataquen la tierra y devoren a los “tragones consumidores” y “asesinos” con disfraz de “blancas ovejas”, quizás está cerca.



En fin, como le contaba Norita, fui de las que escuchaba hasta que llegó a tanto lo escuchado que necesité echarlo fuera, ver si hablándolo entendía mejor la política de los dueños del mundo. O si al menos me explico para quienes esto leen, mientras diserto. Porque se discurre cuando se piensa: por escrito o en la charla.

¡Qué cosas!, puedo escribir todo un ensayo de nimiedades. ¡Cómo me gusta jugar, divertirme con las palabras!; no con el juego de palabras sino con el de las ideas que representan. Será entonces que, ¿filósofo? No. Apenas si soy una mujer madura entrando en el sueño del otro: el que no fui, que pude haber sido. No me engaño: no lo soy.

Lo que nunca he pretendido es decirles a los demás qué deben o no hacer. En esto tengo muy claras mis diferencias como maestra y como escritora. La maestra sí puede guiar, aconsejar, sugerir y hasta señalar caminos que seguir y cuáles no. Eso si los alumnos se prestan y lo aceptan; si no, pues que lo tiren a la basura, yo sí sé por qué se los digo, ellos sabrán por qué escucharme o no hacerlo. Cada cual es dueño de su plan de vida... y consecuencias.

Como Alejandro Rossi: “No intento convencer a nadie de nada, hacerlo es atentar contra su inteligencia”. La crítica que se disfraza de tal, cuando realmente disimula asumirse superior, creyendo que hace crítica, no hace otra cosa que atentar contra la libertad del lector, considerándolo menor de edad. No debemos erigirnos en censores quienes con pluma y papel a la mano tenemos un rol protagónico.

No es honorable quien critica conductas, excesos de los ricos, sotanas insanas y vicios que todos conocemos; pues no basta con nombrarlas si no se ofrece argumentación contra el sistema económico-político que permite tales

abusos, bajo el cobijo de una mala impartición de la justicia y los recovecos de las leyes, amén de la inicua distribución de la riqueza y una educación para siervos y señores.

Y mi personaje, finalmente, dijo: “-No existo, luego no pienso”. ...Y se volvió: polvo de estrellas.

**NI FRAGUADA, LA IDEA, POR DIOS**  
**CARLOS ALEJANDRO**

Sentada en la sala de su casa, la señora Ortiz miraba bostezando a su interlocutora; de pronto se le cerraban los párpados: caía de sueño. El fuerte sonido del timbre de la casa, la despertó definitivamente. Quiso levantarse inmediatamente para ir a abrir; pero su vecina no dejaba de hablar: estaba totalmente concentrada en sí misma, haciendo señas elocuentes con las manos: ahora extendía los dedos, ahora los cerraba juntándolos hasta formar un puño, girando la cabeza de un lado a otro sin ser consciente de que su amiga requería interrumpirla.

Afuera, tres niños corren alejándose de la casa de la señora Ortiz, luego de haber colocado un bote de cartón de leche recargado sobre la puerta de la entrada, era metálica y pintada de azul. Habían encontrado el recipiente vacío cerca de la esquina donde solían reunirse todas las tardes, al regresar de la escuela. Parecería que la idea no había sido de nadie, y a la vez de todos. La verdad es que la maldad la habían aprendido juntos viendo una película para niños, en la que se hacían travesuras.

Minutos antes, en la esquina de siempre, se habían sentado para abrir ampliamente la boca del bote para llenarlo con agua en una toma, justo afuera de la casa de Tomasito. Lo que les llevó más tiempo fue elegir a la víctima. En calma, se decidieron por el caserón que tenían en frente, el de la señora Ortiz. No conocían de manera cercana a los inquilinos: solo

sabían que se trataba de una pareja (en los cuarentas), sin hijos: sin amiguito qué perder.

A punto de que se levantaran para dirigirse a la casa con el bote lleno de agua, el más gordito de los amigos propuso cancelar la operación. “Nos van a regañar y siempre van a mi casa a reclamar. Me van a castigar nada más a mí. Mejor no”. Los otros tres no hicieron caso. La emoción del momento era más importante.

Luego de un minuto de que sonara el timbre, la señora Ortiz tuvo que interrumpir a su interlocutora. “Discúlpame Norita, es que timbraron a la puerta”. Se levantó y fue a girar la chapa y al no ver a nadie, pensó que era culpa de su vecina: por haberla retardado en abrir. Pero solo lo pensó, porque no alcanzó a procesar toda la frase cuando sintió algunos salpicones fríos sobre sus medias y vio el brillo del charco de agua que tendría que trapear y luego escurrir en una tina de plástico. Su vecina, Norita, escuchó desde la sala el grito de enojo e inmediatamente pensó en alguna maldad de su hijo. Se ofreció a ayudar.

Treinta años más tarde, Norita tendría la dicha de contar con nietos en casa de su hijo Tomasito, ahora de cuarenta años. Pero no era por eso que se encontraba visitando nuevamente a la señora Ortiz. No sabía si contarle la historia. El día había comenzado mal en casa del hijo. Después del reencuentro de Tomasito con sus amigos de infancia durante una cena, entre carcajadas, rememoró la travesura del bote de leche que caía a los pies de la señora Ortiz cuando abrió la puerta, derramando un litro de agua sobre su piso.

Y esa noche, en casa de Tomasito, se fundió el foco de la cocina que dejaba encendido para no tropezar cuando iba al refrigerador a sacar su medicina; se dio un golpe insoportable en la rodilla. Luego, descubre que el gotero del medicamento ya no funcionaba. Tuvo que beber el líquido calculando 15 gotas dentro del vaso, y se le pasó la mano: tendría sueño todo el día sin poder hacer bien su trabajo en la oficina y cometiendo errores que lo obligarían a renunciar.

Luego, cuando terminó de bañarse, encontró una fuga en la tina. Pasó una hora juntando tres cubetas de agua derramadas sobre el piso, con un trapo, sin que sus hijos pudieran ayudarlo. El intenso dolor físico apareció tras quince minutos agachado, y sintió tronar su cintura. No pudo levantarse bien, ni caminar sin dolor, ni dormir tranquilamente.

La señora Ortiz escuchaba la historia de su vecina Norita, mirándola con la boca abierta. Pensó: “ni fraguada, la idea, por Dios”.



**Fernando Alegría**

Fernando Alegría nació el 26 de septiembre de 1918 en el barrio de La Chimba, hoy comuna de Recoleta en Santiago de Chile, siendo el menor de tres hermanos, su primera pasión no fue la literatura sino el boxeo.

Estudió en la Academia de Humanidades de los dominicos de Recoleta, para después completar sus estudios secundarios en el Instituto Nacional, época en la que conoció al político y escritor chileno Volodia Teitelboim, con quien entabló una amistad.

Posteriormente, ingresó al Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, del que se tituló como Profesor de Castellano y Filosofía, para después obtener un doctorado por parte de la Universidad de California.

Durante aquellos años, se interesó en las luchas sociales y se ligó a grupos estudiantiles, al mismo tiempo que fue elegido para ser parte del directorio de la federación de Estudiantes, que se movilizó contra la amenaza del fascismo y de una Segunda Guerra Mundial.

Alegría también se sintió atraído por escribir una biografía del político chileno Luis Emilio Recabarren y viajó a la pampa salitrera para seguir su huella.

Con base en lo anterior, al cumplir 20 años, apareció su primer libro “Recabarren” (1928), que en una segunda versión se llamó “Como un árbol rojo”, en la cual retomó la figura del líder obrero, quien fue su inspiración en su juventud.

Asimismo, considerado representante de la Generación de 1938, su narrativa estuvo integrada por otros personajes históricos nacionales como Lautaro y Salvador Allende, a la par de héroes anónimos y populares como boxeadores, hípicas, corredores, que circulan en barrios, plazas, hipódromos, canchas de fútbol y clubes de boxeo.

Miembro de la Academia Norteamericana de la Lengua Española, se exilió de Chile tras el golpe de estado de Augusto Pinochet para establecerse definitivamente en Estados Unidos, donde desarrolló una investigación sobre la cultura latinoamericana y en 1974, fundó junto al escritor David Valjalo, la revista “Literatura chilena en el exilio”.

Entre sus obras más destacadas, se encuentra en la narrativa “Caballo de copas” (1957), una larga retrospectiva sobre un chileno que vive en California, quien desempeña diversos oficios en muelles, bares, prostíbulos y hoteles, y que al comprar un caballo por nombre “Gonzalez”, vive una serie de aventuras. Otra importante novela de Alegría fue “La maratón del Palomo” (1968).

En su obra poética destaca “¡Viva Chile M...!” publicación de los años 60, que fue acompañada de un disco en el que el actor Roberto Parada recitaba cuatro de los poemas del libro.

Su acervo literario se aproximó a 30 publicaciones con ediciones en Estados Unidos, Chile, España y varios países latinoamericanos

ad pēdem literae

“La astucia puede tener vestidos, pero a la verdad le gusta ir desnuda.”

Thomas Fuller

Letras de buen humor

“Los médicos como la cerveza, mejor cuanto más viejos”

Thomas Fuller

David Ramos

## ¿Un católico puede disfrazarse y participar?

A pocos días de que en diversos países comiencen las celebraciones por Halloween, el famoso teólogo español y experto en demonología, P. José Antonio Fortea, se pronunció sobre si los fieles católicos pueden o no participar en las fiestas, disfrazarse y pedir dulces.

El P. Fortea precisó que “la respuesta no es simple”.

“En sí misma, la celebración de esta fiesta tal como era hace cien años, doscientos años, no tenía nada de malo, y mucho menos en una sociedad tan cristiana como era la norteamericana hace 50 años se reducía a disfrazarse y a visitar las casas, nada más”.

En esa época, dijo, “los disfraces eran muy inocentes y bondadosos. Uno se disfrazaba de zanahoria, otro de sheriff, otro de bombero, no había nada de malo”.

Sin embargo, precisó, “lo que pasa es que hace ya unos decenios, esta fiesta empezó poco a poco a tomar unos aspectos más relativos a la brujería, a cosa de tipo escabroso, y los disfraces ya no eran disfraces inocentes —uno de piloto y otro de médico—, sino que cada vez eran disfraces más sangrientos, que tenían que ver con lo gore o con la brujería”.

El gore es un género de cine que abunda en imágenes sangrientas y el sufrimiento físico extremo.

“Entonces sí que ha habido una evolución de esta fiesta que ha sido muy negativa”, señaló el sacerdote, y advirtió que en Halloween “cada vez más lo que tiene

que ver con la brujería va cobrando preponderancia”.

Pero que los niños se disfracen en Halloween, dijo, “no podemos decir taxativamente que es demoniaco, porque hay padres que realmente creen en Jesús, buenos católicos, que se limitan a poner un buen disfraz a su hijo, a una pequeña celebración en el colegio y ya está”.

“Hay que usar el sentido común”, dijo, y recordó que una madre perteneciente al Opus Dei le hizo la misma consulta.

“Está en un colegio de Madrid. Simplemente van a hacer una fiesta en el colegio, su hija tiene 6 años, todos se van a disfrazar de algo. Me decía: ¿hay algún problema en que mi hija de 6 años se disfrace de algo?”.

Para el P. Fortea, la madre, “aunque tiene el derecho de negarse a ello, tampoco vería yo algún problema en una cosa tan inocente”.

“Claro, hay otros casos en los que el disfraz es tremendamente monstruoso, lleno de sangre, de vísceras, de cicatrices, eso es desagradable, eso no lo veo moralmente neutro”, precisó.

A esta situación, el sacerdote añade que “la fiesta de Halloween los medios de comunicación cada vez más están derivándola hacia la brujería”.



acabar”.

“Pero si una madre quiere no destacarse y que su hija lleve un disfraz, yo no lo vería tampoco eso negativo”, dijo, pidiendo una vez más recurrir al “sentido común”.

¿Las películas de terror atraen demonios?

Consultado por si las películas de terror pueden provocar actividad demoniaca, el teólogo español precisó que “yo hablaría más bien de lo pecaminoso más que de los demonios, porque los demonios están en torno a nosotros, vienen de vez en cuando, nos tientan. Pero no están siempre en cada momento a nuestro lado”.

“Todo lo que es pecado los atrae, pero todo pecado, sea del tipo que sea”.

El P. Fortea indicó que “sí que hay películas que son verdaderamente desagradables, porque son gore, son películas que cualquier persona normal no puede sentir más que desagrado”.